
SIGLO DÉCIMO CUARTO.

INTRODUCCION.

Hemos visto que los herejes de la Edad Media en su mayor parte trabajaron por desprestigiar la autoridad de la cabeza suprema de la Iglesia, negando sus prerogativas y queriendo oscurecer la grandeza de que el Fundador divino de la Iglesia plugo rodearle. Para los católicos no cabe duda alguna de que el sucesor de Pedro es el Vicario de Jesucristo sobre la tierra, cabeza visible de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Desgraciadamente son muchos los que imitadores de los antiguos herejes dirigen hoy sus tiros contra aquella autoridad suprema, y nosotros que hemos expuesto las impías doctrinas de los sectarios, debemos ahora desenvolver las glorias del Supremo Pontificado, con lo que tal vez llevaremos el convencimiento á alguna inteligencia extraviada.

I.

Primado de san Pedro sobre los demás Apóstoles.

El Primado pontificio tiene su fundamento en el de san Pedro sobre los demás apóstoles. Los santos Padres como intérpretes de las Escrituras han reconocido el establecimiento del Primado en aquellas palabras que Jesucristo dijo á san Pedro en presencia de los demás discípulos: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam, et tibi dabo claves regni caelorum* (1). Esta manifestacion que aparecia como una promesa, se vé realizada cuando más adelante dijo por tres veces: *pasce agnos meos, pasce oves meas* (2); y en otro lugar del Evangelio de san Lúcas: *Ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos* (3).

En apoyo de la Primacia de san Pedro pueden presentarse muchos hechos históricos tomados de la Sagrada Escritura.

Siempre se vé á san Pedro figurar el primero entre los apóstoles, aun en aquellos dias en que la Iglesia se hallaba como encerrada dentro de los muros de Jerusalem, y no

(1) Matth., xvi, 18.—Bajo las dos metáforas de fundamento y llaves está significado perfectamente el poder que Jesucristo dió á san Pedro, porque el cimiento es la base y seguridad del edificio, y san Pedro lo fué de la Iglesia; así como las llaves que se le entregaron son simbolo de autoridad; como lo son en el padre de familia respecto á su casa, y en el gobernador respecto de la ciudad. (Galmayo).

(2) Joann., xxi, 15.—Por las frases metafóricas *corderos* y *ovejas* los santos Padres han entendido siempre los fieles y los obispos.

(3) Luc. xxi, 51.

El contexto aclara la falsedad de esta afirmación.

porque fuese el primero llamado al apostolado ni el de mayor edad, sino por la consideracion de la supremacia. Debe tenerse en cuenta que su hermano Andrés fué llamado primero que él, y que segun san Epifanio era de mayor edad. Esto prueba lo que acabamos de decir.

Pedro fué el que convocó el primer concilio apostólico para elegir un apóstol en lugar de Judas el prevaricador (1). En esta asamblea él fué el primero que habló, así como cuando en otra se trató de la abolicion de los *legales*, y por último cuando acordaron dedicarse unos á la predicacion de los judios, y otros á los gentiles (2), siendo atendidas siempre sus observaciones y cumplidos sus mandatos.

Entusiásmase el Crisóstomo al contemplar esta sublime autoridad del Principe de los apóstoles, y exclama: «Pedro es la piedra inquebrantable contra la que vendrán á estrellarse los perpétuos embates del mar tempestuoso del error; el alcázar de Sion que nunca lograrán conmover los furiosos huracanes de las pasiones; el astro brillantísimo de la religion que en ningun tiempo padecerá eclipse; el apóstol grande sobre cuyos hombros gravita todo el peso de la autoridad divina y á quien están vinculados los destinos del porvenir de la humanidad. Corifeo del apostolado, único escogido, beatísimo, celebérrimo, boca, lengua y voz de los predicadores, pescador del orbe, piedra angular del edificio religioso, firmamento, columna, candelero de la fé, padre, custodio del dogma, clavero celestial, maestro infalible, á quien ni engañan ni vencen las po-

(1) Act. Apost. ii, 24.

(2) Ad Galat. ii, 9.

Citas falsas. Vea la Biblia.

«testades del infierno y en quien se robustece la firmeza de los pastores.»

¡Oh! Admirable se presenta á los ojos del observador el ver al jefe del apostolado dirigirse á la capital del imperio romano, apoyado en su báculo, á disputar á los señores del mundo el dominio universal de la razon; no el dominio de la fuerza y de la espada, sino el dominio de la palabra. Allá se dirige, fija su vista en las siete colinas y forma el proyecto de establecer entre ellas el reino de Jesucristo, y de preparar los medios para que un dia se eleve sobre la majestuosa cumbre del Capitolio el signo santo y adorable de la Redencion de la humanidad. Él derramará su sangre, y en pos de él más de treinta sucesores suyos sufrirán crueles martirios por mantener viva la antorcha de la fé cristiana. Tras estos vendrán otros, porque nunca faltará á la Iglesia una cabeza visible que defienda sus derechos sin doblegarse jamás ante las exigencias de poderes tiránicos.

Pedro vive en sus sucesores: ora se llame Victor, ora Clemente, ya Pio, ya Leon, siempre la Iglesia tiene consigo á aquel á quien Jesucristo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

II.

De la autoridad moral é infalible de la Iglesia.

En el historiado que venimos haciendo de las herejías y errores de todos los siglos, vemos un gran número de in-

sensatos que por autoridad propia se convierten en maestros de la humanidad, y creyéndose dueños de todas las verdades se presentan como dogmatizadores, pretendiendo ser creídos por solo su palabra y que sean aceptados sus principios y abrazadas sus doctrinas.

Es indudable que nadie tiene derecho á enseñar si no está cierto de lo que enseña, y que nadie tiene derecho de pretender que se crea lo que enseña si no es infalible. Hace notar un gran escritor, que hay una gran diferencia entre la certidumbre y la infalibilidad; y es que la primera consiste en no poder engañarse en un caso dado, mientras la infalibilidad consiste en no poderse engañar nunca.

Acabamos de citar frases de un sabio cuyos escritos leemos siempre con placer, y no privaremos al lector del gusto de saborear un bellissimo razonamiento del mismo. El escritor es el padre Lacordaire. Dice así:

«Posee la Iglesia la ciencia de lo que enseña; no obra por una fé ciega, sino por una fé fundada en las ideas generales más elevadas, en monumentos históricos de la más remota antigüedad y de la autenticidad más segura, en la experiencia del influjo venturoso y civilizador que ejerce en el mundo, y por último, en una tradicion y en un conjunto de hechos de todas clases que explora y ensancha de continuo con sus trabajos. Si hay en alguna parte ciencia, estudio, experiencia, es seguramente en una sociedad donde representa tan insigne papel el desarrollo de todas las fuerzas del entendimiento, y que ha poseído desde el origen de las edades, y especialmente desde Jesucristo, innumerable multitud de varones esclare-

cidos que han llenado el mundo con su palabra y con sus escritos.

» Y ¿cómo no había de ser sábia la Iglesia? Había nacido en la ciencia, en uno de los siglos más brillantes que recuerda la historia, en el siglo de Augusto, precedido por otros que habían elevado hasta la perfección las letras, las artes y la filosofía, á fin de que nunca se dijese que el cristianismo había nacido entre sombras. Recibiónos la ciencia en la cuna, nos vigiló, nos estudió, nos combatió, nos dió defensores entre aquellos filósofos cuyo destronamiento habíamos consumado, y muchos de los cuales rindieron á Jesucristo el triple testimonio de su genio, de su saber y de sus errores. Después cuando la invasión de los bárbaros amagó extinguir la ciencia en Europa, ¿quién la salvó del naufragio? ¿Quién preparó nuevas naciones dignas de poseer la verdad? ¿Eran vuestros padres (1)? ¡Ah! ¡vuestros padres blandían la espada, la espada ayer, la espada mañana, la espada siempre! Ved aquí cuál era vuestra herencia, hombres tan orgullosos hoy de vuestro saber, sin que por ello os censuremos. Allí estabais en la persona de vuestros mayores formando una barrera armada contra la cual venían á estrellarse las nuevas invasiones, y un inmenso cuadro europeo para proteger en el exterior lo que en el interior se desarrollaba. Entre tanto, nosotros, pacíficos y laboriosos, en la persona de nuestros mayores reconstruíamos la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, á fin de que pudieseis heredarla algún día, para que hallando la verdad un siglo digno de ella no mandase á es-

(1) El padre Lacordaire pronunciaba esta conferencia en Ntra. Sra. de París.

clavos, sino que brillara en un imperio fundado sobre la legítima convicción de los entendimientos.

» Vino esa edad que habíamos preparado; vino, y la ciencia, hija ingrata y desnaturalizada, transmitida apenas de nuestras manos á las vuestras, se rebeló contra nosotros y nos acusó; á nosotros, que la habíamos acogido nuevamente cuando libertándose ensangrentada de la cuchilla de Mahoma se había refugiado acosada y perdida bajo la púrpura de nuestros papas. Y, ¿qué hicimos entonces? ¿Nos rebelamos contra la ciencia ó nos sometimos á su yugo? Ni lo uno, ni lo otro: la resistimos, nos opusimos como un muro de bronce, no contra ella, sino contra sus extravíos, y hoy hijos de la ciencia, salvadores de la ciencia, protectores de la ciencia, llegamos á una época no ménos gloriosa para la Iglesia, época en que reconociendo la ciencia la vanidad de sus esfuerzos contra nosotros, vendrá á buscarnos á nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliación y de justicia de que nos es deudora.

» Es, pues, la Iglesia un cuerpo sabio, y conviene añadir que este carácter no pertenece en tan alto grado á ninguna otra autoridad religiosa. Fuera de la Iglesia, hallamos ante todo la enseñanza de las religiones no cristianas; ¿llevan estas por ventura el sello de la ciencia? La ciencia encerrada en las castas sacerdotales de la India, del Egipto y de la Grecia, no se manifestaba exteriormente; era un secreto sin carácter científico. La religión mahometana ofrece un ejemplo parecido. El Koran no es más que un plagio de la Biblia. Mahoma solo ha atacado un corto número de puntos del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad y la

divinidad de Jesucristo; ha reconocido la unidad de Dios, la creacion del mundo, como tambien toda la série histórica de hombres inspirados, Adan, Noé, Abraham y Moisés. Hirió al cristianismo, es verdad; pero, ¿cuál fué en el instante la venganza de este atentado? Su religion ha sido condenada á no ser más que una religion no cristiana; habia querido echar la piedra angular del edificio, y la piedra angular ha caido sobre su cabeza; pesa la ignorancia sobre su nacion, esa nacion cuyos emisarios vienen hoy á mendigar una pequeña parte de nuestra ciencia; homenaje magnífico que Dios les hace rendir á la superioridad de los pueblos cristianos. Vanamente adoptan trajes europeos, en vano da el Sultan festines á la europea.... Pesa sobre este territorio la maldicion de la ignorancia. Los naturales han negado á Jesucristo, y solo con Jesucristo aparecerá entre ellos la ciencia (1).»

¡Oh! ¡Qué bellissimo razonamiento! ¿Y se encuentra la ciencia, la verdadera ciencia que ilustra los espíritus y aclara la inteligencia, en los demás países donde se profesan otras religiones no cristianas? ¿Se encuentra en la India? ¿Resplandece entre los adoradores de Brama, Vishnú y Siva, de esa ridicula trinidad que adoran los bramanes? Se encuentra entre los hijos del coloste Imperio? Podrán encontrarse y se encontrarán en efecto progresos en ciertas y determinadas artes, pero la ciencia no la tienen porque no tienen á Jesucristo.

Empero ya que el objeto de nuestra obra es tratar de las herejías, conviene reproducir otro párrafo no ménos elo-

(1) Véase la nota anterior.

cuente del mismo Lacordaire. «¿Querais considerar las herejías cristianas? En su mayor parte poseen todavia la ciencia: esas sectas viven en comarcas honradas con el culto de las letras y de las artes, porque no han negado á Jesucristo. Pero, admirad otro prodigio: esa ciencia que nos conserva la unidad y vive con ella como hermana, ¿qué hace entre las sectas? Devora la religion, y hace lo que ha hecho siempre con las herejías. Al separarse estas de la Iglesia, han llevado la ciencia bajo su manto, si bien la ciencia ha hecho lo que el acero que gasta la vaina; la vaina no tenia bastante firmeza, y nunca han vivido las herejías más de tres ó cuatro siglos. La ciencia es para ellas un océano borrascoso que asalta, se retira y vuelve hasta que arrastra los continentes á un vasto y general naufragio. El protestantismo ha llegado hoy á esa era fatal; empieza su cuarto siglo, y con su cuarto siglo empieza su ruina que ya descubren los hombres previsores, y que apenas se oculta á los frívolos y preocupados. De consiguiente, la ciencia, primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral, pertenece exclusivamente á la Iglesia católica; no la poseen las religiones no cristianas, y las sectas separadas encuentran en ella su ruina y destruccion.»

Ahora bien, compárese todo cuanto enseña la ciencia humana con la enseñanza de la Iglesia, y se verá que solo ésta posee en alto grado la ciencia y la virtud. Los herejes la combaten, contradicen sus dogmas y su doctrina, y en cambio ¿cuál es la enseñanza que ofrecen? ¿Con qué doctrinas quieren sustituir la doctrina de la Iglesia? Tan solamente con absurdos, que solo pueden seducir á almas mez-

quinas sumidas en la ignorancia. Los hombres, y principalmente los que constituyen el vulgo, son siempre afectos á novedades, y hé aquí descubierto el secreto de por qué los sectarios, por estúpidas que sean sus predicciones, encuentran siempre adeptos que les escuchan, y que se matriculan en sus impías escuelas. Los católicos tenemos la verdadera ciencia, porque tenemos á Jesucristo, porque estamos en su Iglesia, porque vivimos de su doctrina, que es para nuestra alma lo que el pan para nuestro cuerpo. Respetamos y acatamos la autoridad infalible de Pedro en sus sucesores, que es el guía que nos conduce por los caminos de la verdad y de la justicia al fin de nuestra peregrinacion hácia el cielo. Bajo la égida de esta autoridad moral é infalible no daremos el menor tropiezo en la senda de la felicidad eterna.

III.

Estado político del mundo en el siglo décimo cuarto.

Poco habia variado el aspecto del imperio de Constantinopla, en el que existía un continuo desórden. Desde Andrónico Paleólogo no se encuentran más que sediciones, conspiraciones, conjuraciones tramadas no solo por el pueblo, sino aun por los mismos hijos de los emperadores. El pueblo principalmente se ocupaba del cisma de la Iglesia de Constantinopla, fijando más en esto su atencion que en las revueltas políticas, á causa de su ódio contra la Iglesia

latina. Los turcos se establecieron por fin en Europa, y los principes de Occidente no tuvieron más ejércitos en la Palestina.

La Italia, la Francia y la Alemania continuaban entregadas á sus guerras, y los soberanos pontífices ganosos de llegar á un noble fin, cual era la paz y concordia entre los principes cristianos, empleaban no solamente la fuerza de la persuasion, sino las armas espirituales, lanzando sus excomuniones sobre las testas coronadas, cuando éstas desentendiéndose de sus paternales amonestaciones se entregaban á desórdenes impropios del que empuña un cetro, y en vez de servir de edificacion á sus vasallos se convertian en piedra de escándalos. Como en los siglos precedentes, viéronse tambien anti-papas que lucharon por la jefatura de la Iglesia, guiados por el espíritu de vanidad y de soberbia, encontrando favor y proteccion en ciertos principes, que sin desconocer de qué lado estaba la justicia, servian á sus miserables pasiones ó á sus deseos de venganza.

Los soberanos pontífices no iban más léjos de sus deberes, y con ellos cumplian cuando excomulgaban ó deponian á los monarcas que se apartaban de las sendas de la justicia.

ADRIANISTAS.

El único autor que habla de los adrianistas es Teodoro, y á él se refieren precisamente Pluquet, Bergier y los demás escritores. Teodoro lo pone en el número

de los herejes que traian su origen de la secta de Simon Mago.

Los discípulos de Adriano Hamstedio, uno de los novadores del siglo xiv, fueron tambien llamados con el mismo nombre. Adoptaron todos los errores de los anabaptistas, y enseñaron varios otros á cual más impíos, como por ejemplo, que era licito conservar á los niños por espacio de algunos años sin conferirles el bautismo; que Jesucristo habia sido formado de la mujer á la manera de los otros hombres, y que no habia fundado la religion sino por motivos particulares.

Este blasfemo enseñó primero en la Zelandia, y continuó luego su impía mision en Inglaterra.

No podemos decir el tiempo que duró esta secta, pero puede asegurarse que se extinguió muy pronto, cuando, segun hemos dicho, no se ocupan de ella la mayoría de los autores. Era una empresa demasiado atrevida despues de trece siglos de cristianismo y de la derrota del arrianismo y otras sectas semejantes, el pretender arrancar de las sienas del Salvador del mundo la preciosa aureola de su Divinidad. Bien que en todos los siglos aparecen hombres osados capaces de obrar de tal modo, y en nuestros mismos dias tenemos un ejemplo en Mr. Renan, al que ya hemos tenido ocasion de nombrar en esta obra, que en pleno siglo xix y en una obra de imaginacion, malamente llamada *Vida de Jesús*, ha pretendido despojarle de su Divinidad, sin conseguir otra cosa que el desprecio general de todos los hombres sensatos, y por único resultado hacer un negocio puramente mercantil favorecido por la curiosidad, que

es lo que se llama vender el alma á cambio de dinero. No hizo otra cosa el traidor discípulo Judas.

ZDANANTES.

Se llamaba así una secta de fanáticos que se formó en 1373 en Aix-la-Chapelle, desde donde se esparcieron por el pais de Lieja, el Hainaut y Flandes. Estos fanáticos, asi hombres como mujeres, se ponian de repente á danzar, se agaraban unos á otros por las manos, y se agitaban hasta que perdiendo el aliento caian de espaldas sin dar seña alguna de vida. Aseguraban que durante esta agitacion extraordinaria eran favorecidos con visiones maravillosas.

A manera de los flagelantes ó disciplinantes pedian limosna de pueblo en pueblo. Tenian sus asambleas secretas, y á la manera de los otros sectarios de la época despreciaban al clero y al culto admitido en la Iglesia. Las circunstancias de esta especie de frenesi parecieron tan extraordinarias, que los sacerdotes de Lieja tuvieron á estos sectarios por poseidos, é hicieron uso de los exorcismos para curarlos.

Una secta muy semejante á esta ha aparecido uno ó dos años antes del en que este artículo escribimos, en New-Lebanon (Estado de Nueva-York). Se llama de los *tembladores* (shakers), los cuales, habiendo leído en el Antiguo Testamento que el pueblo hebreo celebraba danzas religiosas al rededor del Arca de la Alianza, creen que debe tributarse á Dios un culto parecido para demostrar de este modo su fervor religioso.

Bajo la direccion de uno de los jefes de la asamblea, hombres y mujeres forman dos ó tres círculos, y bailan al rededor de un coro que, colocado en el centro, entona algunas estrofas de los libros sagrados.

Durante aquel singular ejercicio, los danzantes ejecutan con gran rapidez sus evoluciones corporales, considerando que está más cerca de alcanzar la perfeccion y la santidad aquel que verifica con más desenvoltura y ligereza sus extravagantes piruetas.

Las noticias que acabamos de dar acerca de los nuevos danzantes ó tembladores de New-Lebaton, las hemos encontrado en una publicacion periódica, que acaba haciendo esta oportuna reflexion : «Parece increíble que en los tiempos que alcanzamos haya podido la supersticion religiosa arrastrar á tan absurdas prácticas á seres civilizados que, por lo visto, han caido, al interpretar de cierto modo la Sagrada Escritura, en aberraciones solo comparables á las del paganismo.»

BEGARDOS.

Secta de falsos espiritualistas, ó de falsos devotos, que aparecieron en Italia, en Francia y Alemania hácia el fin del siglo xiii y principios del xiv.

Antes de este tiempo los albigenses y los valdenses se distinguieron por su exterior sencillo, mortificado y devoto; muchos renunciaban sus bienes, se dedicaban á la oracion y á la lectura de la Sagrada Escritura, y hacian profesion

de seguir los consejos evangélicos. Esta regularidad, verdadera ó aparente, comparada con la vida licenciosa de la mayor parte de los católicos y de una parte del clero, contribuyó mucho á los progresos de la herejia y al descrédito de la fé católica. Muchas personas, afectadas por esta desgracia, conocieron la necesidad de reformar las costumbres, y de observar una conducta más conforme á las máximas del Evangelio. Esto dió origen á la multitud de órdenes religiosos y de congregaciones que se vieron florecer en la época de que hablamos. Una vez encaminados los ánimos por esta senda, hubieran ido muy allá, si el concilio de Letran, celebrado el año 1215, no hubiera prohibido establecer nuevas órdenes religiosas, no fuese que su demasiada variedad introdujese en la Iglesia la confusion. Muchos seculares, sin tomar el hábito religioso, formaron asociaciones piadosas, y se unieron para dedicarse á ejercicios devotos; mas por falta de instruccion y de luces muchos dieron en ilusiones, y por un exceso de piedad cayeron en otro libertinaje. Tales fueron los llamados *begardos*, *frarotes* ó *fratricelos*, *dulcinistas*, *apostólicos*, etc. : estas sectas no tenian ninguna relacion entre sí ; en nada se parecian, sino en el modo con que todas se habian extraviado de su origen.

Es necesario distinguir muchas clases de *begardos*. Los primeros fueron unos franciscanos austeros, llamados los *espirituales*, que se preciaban de observar en todo su rigor la regla de san Francisco, de no poseer nada propio ni en comun, de vivir de limosnas, y de estar cubiertos de andrajos, etc. Habiéndose separado de su orden y negado la obediencia á sus superiores, fueron condenados como cismáticos

cos por Bonifacio VIII hácia el año 1300. Entonces estos rebeldes empezaron á declamar contra el papa y contra los obispos; anunciaron la próxima reforma de la Iglesia por los verdaderos discípulos de san Francisco; adoptaron los desvarios del abad Joaquin, etc. Atrajeron á su partido bastantes hermanos legos de la órden tercera de san Francisco, llamados *fratricelos*, ó pequeños hermanos; en Italia *bizochi*, ó alforjeros; en Francia *beguinos*; en los Países Bajos y en Alemania *begardos*: de aquí es que todos estos nombres se aplicaron á la secta en general, y como todos los innovadores alucinaron por su exterior mortificado é hicieron prosélitos.

A principios del siglo xiv existian muchos en Alemania, en las orillas del Rhin, y sobre todo en Colonia; y como su fanatismo iba todos los días en aumento, sus errores se redujeron á ocho puntos principales: 1.º Pretendian que el hombre puede llegar en esta vida á tal grado de perfeccion, que se haga impecable, y no pueda recibir aumento de gracia. 2.º Los que han llegado á este grado no tienen necesidad de orar ni de ayunar; sus sentidos están de tal modo sujetos á la razon, que pueden conceder al cuerpo todo lo que pida. 3.º Llegados al estado de libertad no necesitan obedecer ni observar los preceptos de la Iglesia. 4.º El hombre puede conseguir en esta vida la bienaventuranza perfecta, y poseer el mismo grado de perfeccion que tendrá en la otra. 5.º Toda criatura inteligente es naturalmente bienaventurada, y no necesita la luz de la gloria para ver y poseer á Dios. 6.º La práctica de virtudes es para las almas imperfectas; los que han alcanzado la perfeccion están dis-

pensados de su observancia. 7.º Un solo ósculo de una mujer es pecado mortal, pero no lo es el comercio carnal con ella cuando ha habido tentacion. 8.º Durante la elevacion del cuerpo de Jesucristo los que son perfectos no están obligados á levantarse, ni á tributarle ningun respeto; seria un acto de imperfeccion el distraerse de la contemplacion para pensar en la Eucaristía ó en la pasion de Jesucristo.

Estos errores fueron condenados en el concilio general de Viena, celebrado en el pontificado de Clemente V el año 1311; pero esta condenacion no acabó enteramente con el error ni con los desórdenes que le siguieron: aun subsistia en el siglo xv. Sus secuaces se llamaban entonces *los hermanos y las hermanas del libre espíritu*: se les llamaba en Alemania *begardos* y *schevestriones*, traduccion del latin *sororices*; en Bohemia *pijardos* ó *picardos*; en Francia *picardos* y *tecolapinos*. Ya entonces habian perdido toda vergüenza; decian que no se ha llegado al estado de libertad y de perfeccion hasta que pueda verse sin emocion el cuerpo desnudo de una persona de sexo diferente; de consiguiente se desnudaban en sus asambleas, y esto les valió el nombre de *adamitas*. Ziska, general de los husitas, exterminó muchos en el año 1421. Algunos han dado por error el nombre de *hermanos picardos* á los husitas, mas estas dos sectas nada tenian de comun.

Los sectarios de Molinos renovaron en el siglo xvii parte de los errores de los *begardos*. Esto basta para convencernos de que los antiguos Padres de la Iglesia no se engañaron cuando atribuyeron los mismos extravíos y las mismas

torpezas á los gnósticos. Los hombres se parecen en siglos diferentes, y las mismas pasiones producen los mismos efectos. *Hist. de la Igl. galic., l. 36, año 1311. (Bergier.)*

GRAN CISMA DE OCCIDENTE.

Fué la division que acaeció en la Iglesia romana en el siglo xiv, cuando hubo dos papas colocados á un mismo tiempo en la Santa Sede, de modo que no era fácil distinguir cuál de los dos habia sido elegido canónicamente.

Despues de la muerte de Benedicto XI en 1304, hubo en el pontificado sucesivamente siete papas de origen francés, á saber: Clemente V, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI, los cuales tuvieron su silla en Aviñon. Este último habiendo hecho un viaje á Roma cayó enfermo en esta ciudad, donde murió el 13 de marzo de 1378. El pueblo romano, muy sedicioso en aquella época, y envidioso por tener allí al soberano pontífice, se reunió tumultuosamente, y con un tono amenazador declaró á los cardenales reunidos en conclave que queria un papa romano ó al ménos italiano de nacimiento. En consecuencia, los cardenales, despues de haber protestado contra la violencia que se les hacia, y contra la eleccion que se iba á hacer, eligieron el 9 de abril á Bartolomé Prignago, arzobispo de Bari, el cual tomó el nombre de Urbano VI. Mas cinco meses despues, estos mismos cardenales retirados en Anagni y despues á Fondi, en el reino de Nápoles, declararon nula la eleccion de Urbano VI, como

hecha por violencia, y eligieron en su lugar á Roberto, cardenal de Ginebra, el cual tomó el nombre de Clemente VII.

Este último fué reconocido como papa legítimo por la Francia, la España, la Escocia, la Sicilia, la isla de Chipre, y estableció su residencia en Aviñon; á Urbano VI, que residia en Roma, le prestaron obediencia los demás estados de la cristiandad. Esta division, á que se llamó *el gran cisma de Occidente*, duró por espacio de cuarenta años. Pero ninguno de los dos partidos era culpable de desobediencia á la Iglesia, ni á su jefe; uno y otro deseaban igualmente conocer el verdadero papa, enteramente dispuestos á tributarle obediencia desde el momento en que fuese ciertamente conocido.

Durante este intervalo, Urbano VI tuvo por sucesores en Roma á Bonifacio IV, Inocencio VII, Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII. La silla de Aviñon fué ocupada por Clemente VII durante diez y seis años, y durante veinte y tres por Benedicto XIII su sucesor. En 1409, el concilio de Pisa reunido para extinguir *el cisma* no pudo conseguir su objeto; en vano depuso á Gregorio XII, pontífice de Roma, y á Benedicto XIII, papa en Aviñon; en vano eligió en su lugar á Alejandro V; todos tres tuvieron partidarios, y en vez de dos competidores hubo tres.

Por fin, este escándalo cesó el año 1417; en el concilio general de Constanza, reunido con este objeto, Gregorio XII renunció el pontificado; Juan XXIII, que habia reemplazado á Alejandro V, fué obligado á que le imitase, y Benedicto XIII vivió todavía cinco años, y se obstinó en conservar el nombre de papa hasta la muerte.

Los protestantes, demasiado solícitos en renovar todos los escándalos acaecidos en la Iglesia romana, exageraron las desgracias que produjo este último; dicen que durante el *cisma* se apagó en muchas partes todo sentimiento de religión dando margen á los más escandalosos excesos; que el clero perdió hasta las apariencias de religión y de decencia; que las personas virtuosas fueron atormentadas por las dudas y desasosiegos. Añaden, que esta division de los ánimos produjo, sin embargo, un excelente efecto, pues que causó un golpe mortal á la potestad de los papas. *Mosheim: Hist. ecles., siglo décimo cuarto, 2.ª parte, c. 2, § 15.*

Este cuadro podria parecer semejante si se le compara con muchos de los escritos compuestos durante el *cisma* por ciertos autores apasionados y satíricos, tales como Nicolás de Clemengis y otros varios. Mas al leer la historia de los tiempos de que hablamos, se vé que no son más que declamaciones dictadas por la pasión, en las cuales se encuentran frecuentemente lo blanco y lo negro segun las circunstancias. Es cierto que el *cisma* causó escándalos, produjo abusos y disminuyó mucho los sentimientos religiosos; pero el mal no fué tan excesivo ni de tanta extension como pretenden los enemigos de la Iglesia. En esta misma época hubo tambien en todas las naciones católicas, en las diversas obediencias de los papas y en los diferentes estados de la vida un gran número de personajes distinguidos por su saber y por sus virtudes. El mismo Mosheim cita un buen número de dichos personajes que vivieron tanto á fines del siglo xiv como á principios del xv, y conviene en que hubiera podido añadir otros varios. Los pretendientes al pon-

tificado fueron vituperables por no haber querido sacrificar su interés particular y el de sus hechuras al bien general de la Iglesia; sin embargo no se les puede acusar de haber sido unos hombres sin religion y sin costumbres. Los de Aviñon, reducidos á una renta muy corta, hicieron para sostener su dignidad un tráfico vergonzoso de los beneficios eclesiásticos, y se les vió colocarse sobre toda regla; por cuya razon en la Iglesia de Francia debió ser más sensible el desórden. Sin embargo, por la *Historia de la Iglesia galicana* vemos que el clero no estaba allí generalmente ni en la ignorancia ni en una corrupcion incurable, puesto que se hizo uso de las quejas del mismo clero para probar la magnitud del mal.

Además, exagerando los protestantes las funestas consecuencias del citado *cisma*, nos parece que van directamente contra el interés de su sistema; prueban, sin querer, de cuánta importancia es en la Iglesia el gobierno de un superior sabio, ilustrado y virtuoso, puesto que, cuando llega á faltar este auxilio, todo viene á parar en desórden y confusion. Los hombres de buen sentido, dice Mosheim, aprendieron que se podia pasar sin un jefe visible, revestido con una supremacia espiritual; se puede pasar sin duda, cuando se quiere trastornar el dogma, la moral, el culto y la disciplina, como lo han hecho los protestantes; pero cuando se quiere conservar todas estas cosas, tales como los apóstoles las establecieron, se siente la necesidad de un jefe; una experiencia de diez y siete siglos ha debido bastar para enseñarlo (1).

(1) Bergier: *Dict. de Teologia.*

Hasta aquí las noticias que hemos dado sobre el gran cisma de Occidente las hemos reproducido del abate Bergier. Como se ha visto no se ocupa para nada de España, sino únicamente para enumerar á esta nacion entre las que reconocieron á Clemente VII. Es achaque de los escritores franceses aun de los más recomendables el hacer caso omiso de la España al ocuparse de los asuntos religiosos, como si la España no hubiese dado muchos dias de gloria á la religion y no se hubiese hecho notable por sus concilios, por sus santos, por sus grandes escritores y por su catolicismo nunca entibiado.

Algo pues hemos de añadir á la relacion del abate Bergier, sobre la actitud de nuestra nacion en vista del gran cisma, dando al mismo tiempo algunas importantes noticias sobre el anti-papa don Pedro de Luna, que se llamó Benedicto XIII, siquiera por haber sido español.

Hallábase el rey don Enrique II de Castilla en Córdoba (1378), cuando recibió un mensaje de Urbano VI que acababa de ser elevado al trono pontificio. Casi al mismo tiempo el monarca de Castilla fué sabedor de que los cardenales franceses se quejaban de que los romanos les habian hecho violencia en la eleccion, y comprendiendo que se venia encima un cisma, se valió de evasivas sin reconocer por entonces al nuevo papa. Sin embargo dijo á los mensajeros que desde Toledo responderia luego que hubiese escuchado á su hijo y al Consejo: mas una vez en aquella ciudad, y como quiera que los mismos cardenales que habian elegido á Urbano VI, declarasen nula esta eleccion y eligiesen cinco meses despues á Clemente VII, el rey Enrique obrando con

cordura dió una respuesta evasiva en la expectacion de cuál de los dos papas lograba el triunfo (1). Se dirigió á los prelados, mandándoles que por entonces no se decidiesen por ninguna de las dos obediencias, y que todos los maravedises que pertenecian al papa en cualquier manera, los pusiesen á buen recaudo (2).

Igual conducta siguió el rey de Aragon D. Pedro el *Ceremonioso*, negándose á reconocer por papa á ninguno de los dos, y dando á los prelados igual orden que á los del reino de Castilla habia dado D. Enrique. A mas mandó congregiar una junta de prelados y de personas de letras para entender en el negocio, secuestrando entre tanto todos los bienes que pertenecian á la cámara apostólica y mandando que no se diese cumplimiento á ninguna bula, cualquiera que fuese su procedencia (3). La opinion más general se inclinaba en España á favor de Clemente, tal vez por la proximidad de Francia, y como quiera que en la córte de Aviñon estuviese el gran maestre de Rodas, D. Juan Fernandez de Heredia, aragonés, y persona de gran reputacion en aquella córte, parece que por su medio D. Pedro el *Ceremonioso* se entendia con Clemente VII. En tal estado permanecieron las cosas en España hasta la venida del legado Pedro de Luna, que fué luego el sucesor de Clemente VII.

D. Pedro de Luna era natural de Illueca, cerca de Calatayud. «Algunos escritores, dice el señor La Fuente, se han

(1) Crónica de Enrique II, cap. vi á ix.

(2) Idem, cap. x.

(3) Zurita, lib. X, cap. xxiv.

complacido en pintar á Pedro de Luna como un mónstruo, ¡calumnia grosera! A no ser por su lamentable tenacidad, sostenida por un desmedido orgullo, Pedro de Luna fuera, no solamente un excelente pontifice, sino tambien un justo, digno casi de veneracion (1). Hombre de gran talento, de ingenio claro y profundo, austero en su trato, grave y comedido, generoso y aun pródigo, como fueron generalmente los de su casa, casto y sobrio, enemigo acérrimo de simonías y bajezas, tal era Pedro de Luna (2). Los escritores eclesiásticos tienen derecho para acusarle, pero no á calumniarle.

» Los vastos conocimientos que poseia en el derecho canónico, y de que hizo alarde en la cátedra que regentó en Montpellier, sus virtudes é integridad le valieron el ascender rápidamente á varios beneficios eclesiásticos y á la púrpura cardenalicia. Enrique II y D. Pedro el *Ceremonioso* habian fallecido (1379-1389), y con ellos su respectiva política de no reconocer á ninguno de los anti-papas. Vanas fueron las tentativas de Luna para vencer el ánimo del rey de Aragon. Más tratables halló á los dos Juanes primeros de Castilla y Aragon, que accediendo á sus instancias reconocieron á Clemente VII. En vano trataron de contrarestar su influencia el obispo de Favencia, doctor en derechos, y miser Francisco de Pavía, doctor en leyes. Presentáronse las informaciones hechas por el obispo de Zamora en la junta

(1) «Si jure tanto muneri quietis allis temporibus prafuisset (qui summus in eo fuit sanguinis splendor, animi magnitudo et doctrina) præsittisset multis laudibus et preconiis digniora» (Blancas: *Comment. rerum Aragonens.*, fol. 207.)

(2) «Véase una noticia exacta de sus muchas obras literarias y curiosos datos biográficos de su persona en la *Biblioteca de escritores aragoneses de Latasa.*»

que al efecto convocó D. Juan I en Medina del Campo, y en virtud de ellas se acordó dar la obediencia á Clemente VII. El rey dirigió una carta muy sentida al papa desde Salamanca (á 14 de las calendas de junio de 1381), pero no todos los ánimos quedaron satisfechos. «Mas ovo á quienes »ploguiera que el rey non declarara por ninguna partida »de los electos: ca si los reyes todos así lo fizieran non durara »tanto la cisma (1).» En Aragon así que murió D. Pedro el *Ceremonioso*, su hijo D. Juan I dió al punto la obediencia á Clemente VII, prévia una conferencia de prelados en Barcelona y bajo la influencia de Benedicto (1387) (2): si esta fué fatal para la Iglesia de España, sujetándola al anti-papa Clemente, de quien era hechura, en cambio la austeridad de su carácter y su profundo saber fueron útiles para la reforma de la disciplina. Celebró un concilio nacional en Palencia (1388), en que se dieron muy sabios cánones para las reformas de las costumbres (3); dió á la universidad de Salamanca, donde habia estudiado derecho canónico, estatutos que estuvieron en vigor por muchos siglos, hizo gran parte del edificio, que aun ostenta la media luna, y la enriqueció con grandes privilegios (4). Apenas hay iglesia

(1) » D. Pedro Lopez de Ayala: *Crónica de D. Juan I*, año 3.º, cap. 1 y II. La célebre carta dirigida desde Salamanca está á la letra en el cap. II: «¡ O detencion corrompida del pueblo cristiano! exclama el rey al principio de ella. ¡ O cruzes arrematadas! ¡ ceguedad engañosa sin piedad! ¡ Como se escureció el sol, el guaidor lumbroso de la verdad?...»

(2) Zurita, lib. X, cap. XLII. «La sumisión se hizo con gran solemnidad en Barcelona, pues los de la corona de Aragon deseaban vivamente tener papa.

(3) Villanúa, tom. II.

(4) La universidad de Salamanca detestando, como no podia ménos, la tenacidad de Luna, agració sus beneficios, y recordó su nombre con estimacion: aun conserva en el claustro de escuelas mayores una inscripcion muy honorífica á la memoria de su bienhechor, aunque redactada en estilo hinchado y gongorino.

por donde él pasara en Castilla, Aragon y Cataluña, que no le quedara á deber algun favor, y especialmente el obispado de Tarazona, en que edificó varias iglesias y conventos (1).»

Al descender al sepulcro el anti-papa Clemente, los cardenales franceses que habian provocado el cisma y que se veian en ánimo de continuarlo fijaron su vista en D. Pedro de Luna, y teniendo en cuenta su sabiduria, su prudencia y demás bellas cualidades que le adornaban, le eligieron por sucesor de Clemente. «Dicese, nota el mismo La Fuente, que su eleccion fué condicional, y se exhibe la condicion con que se le ascendió al pontificado, con la que se le arguyó en varias ocasiones.» Luna se negó con tenacidad á ser papa, pero al fin accedió y tomó el nombre de Benedicto XIII. Hombre rígido, se opuso con todas sus fuerzas á los vicios y bajezas de aquellos cardenales, casi todos franceses, avaros y simoníacos, y sin tener en cuenta que á sus votos debia su eleccion, les habló y reprendió con la mayor entereza. Los reyes de las diferentes naciones de España se pusieron de su lado, y hasta el mismo san Vicente Ferrer fué su partidario celoso, en tanto que se creyó que Benedicto era papa legítimo. Es muy lamentable que persistiera en su obstinacion de no querer renunciar. La ambicion, ó mejor el orgullo empañó en él todas sus virtunes. Elegido legítimamente es seguro que hubiera sido un gran papa.

(1) «Hizo entre otros el de San Pedro Mártir de Calatayud, en cuya iglesia estaba enterrado su padre. Fué muy devoto de la Orden de santo Domingo: construyó tambien el cimborio de la Seo de Zaragoza, en cuya iglesia se conservan alhajas suyas.»— Narracion de D. Vicente La Fuente, *Hist. Ecca. de España*, § CCXLV.

WICLEF.

Wicief, cuya herejía fué una de las que más se extendieron durante el siglo XIV, nació en la provincia de Yorek, hácia el año 1329. Hizo sus estudios en el colegio de la Reina de Oxford, y dió pruebas de una capacidad superior, haciendo grandes progresos así en la filosofia como en la teología. Joven aun llegó al profesorado, y no tardó en dar á conocer su espíritu turbulento. Tanto en sus explicaciones de teología como en sus predicaciones empezó á atacar á la corte de Roma no solamente en las cosas temporales sino aun en las espirituales. Vino á ser en lenguaje de algunos escritores «la estrella matutinal de la Reforma.» Predicaba con gran violencia acusando á los curas de malvados, de herejes y de antecristos, exceptuando únicamente á los predicadores ambulantes que eran discipulos suyos.

Dirigidos por él estos predicadores, y tomando su ejemplo, ensalzaban la Iglesia primitiva para reconvenir á la moderna, y aseguraban que el derecho de propiedad se fundaba tan solo en la gracia, sacando por consecuencia que los pecadores son indignos de poseer.

El papa Gregorio XI expidió en mayo de 1377 varias bulas al arzobispo de Cantorbery, al obispo de Lóndres, á la universidad de Oxford y al rey Eduardo, excitando su celo contra los nuevos errores, y notando diez y nueve proposiciones de Wicief, que aunque oscuras indicaban suficientemente su mal modo de pensar sobre la propiedad de bienes.

en lo civil, sobre los de la Iglesia y administracion de los sacramentos (1). Desgraciadamente casi todos los grandes herejes han encontrado proteccion en personas poderosas, bajo cuyo amparo han podido continuar sus impias propagandas, y así aconteció á Wiclef, á quien el conde de Lancáster dispensó sus favores, que él aprovechó para continuar por espacio de algunos años sembrando tranquilamente su errónea doctrina.

A tales excesos se entregaron los wiclefitas, que podian ser considerados como bandas de bandoleros. Un presbítero, llamado Juan Ball, recorría los pueblos predicando, y excitándoles á sacudir el yugo de los señores, y á hacer que todos fuesen iguales en nobleza, en libertad y en poder. Pueden considerarse las escenas tumultuosas á que darian lugar tales predicaciones.

Reuniéronse los wiclefitas en gran número, de suerte que más de doscientos mil se dirigieron á Lóndres, donde cometieron las más inauditas tropelías. Asesinaron cruelmente al arzobispo de Cantorbery y al gran prior de los caballeros de Rodas, y pasaron sus cabezas en las puntas de dos lanzas. El rey para disipar el tumulto les prometió cuanto quisieron, empero despues fueron castigados muchos, y muy especialmente el presbítero Juan Ball.

Esto no sirvió para que Wiclef se contuviese. En 1382, como se estuviese celebrando parlamento en Lóndres, envió proposiciones animando á sus individuos, rogándoles que las aceptasen como muy convenientes á la conservacion del reino.

(1) Walsing, *Hist. angl.*

Hé aquí algunas de las proposiciones enviadas por Wiclef al parlamento :

Que no debe enviarse dinero á la corte de Roma, pues los que lo exijan son lobos rapaces.

Que nadie, ni los cardenales deben cobrar rentas de beneficios de Inglaterra si no viven en el reino ó no trabajan por él á satisfaccion del parlamento.

Que no deben imponerse nuevas contribuciones al pueblo mientras queden bienes en las iglesias, los cuales como patrimonio de los pobres deben emplearse en su alivio.

Que cuando algun obispo ó cura no vive segun Dios, el rey debe confiscar todos sus bienes.

Tales máximas hicieron que Wiclef adquiriese mucha reputacion entre los señores, y tambien entre el pueblo, de modo que tanto él como sus discípulos predicaban libremente por todas partes, sin que pudieran evitarlo los obispos por más esfuerzos que hicieron para ello.

Ganoso el arzobispo de Cantorbery de atajar tantos desórdenes, celebró un concilio en Lóndres, en el mismo año 1382, con asistencia de siete obispos, y muchos doctores y bachilleres en teología y ambos derechos, y despues de un prolijo exámen, se condenaron como heréticas diez proposiciones de Wiclef, que son las siguientes:

- 1.º La sustancia de pan y vino permanecen en el sacramento del altar despues de la consagracion.
- 2.º Los accidentes no quedan sin sujeto.
- 3.º Jesucristo no está real y verdaderamente en el sacramento.

4.º El obispo ó sacerdote que está en pecado mortal no ordena, ni consagra, ni bautiza.

5.º La confesion exterior es inútil al que está debidamente contrito.

6.º No hay fundamento en el Evangelio para decir que Jesucristo mandase la misa.

7.º Dios debe obedecer al diablo.

8.º Si el papa es impostor ó pecador, y por consiguiente miembro del diablo, no tiene poder alguno sobre los fieles, á no ser el que le da el emperador.

9.º Desde Urbano IV no debe reconocerse á ningun papa, sino vivir como los griegos, cada uno con sus leyes propias.

10. Es contra la Escritura el que los eclesiásticos posean bienes inmuebles.

Además condenó el concilio otras catorce proposiciones como erróneas, de las cuales son las siguientes: «Un presbítero ó un diácono puede predicar sin autoridad del papa ni del obispo. Quien está en pecado mortal no es señor temporal, ni obispo ni prelado. Los pueblos pueden corregir segun su discrecion á los señores que pecan. Los diezmos son meras limosnas, y los pueblos pueden negarlos al cura, ó dárslos á quien quisieran. Los santos pecaron fundando religiones particulares (1).»

En virtud de lo decretado por el concilio, el rey Ricardo dió amplios poderes al arzobispo y á sus sufragáneos para que hiciesen prender y encarcelar á todos los que enseñasen aquellos errores.

(1) Conc. Londinense ap. Hard. t. VII.

Wicief encontró un apoyo en los herejes lolardos (1) que en aquella época habia en Inglaterra, y entre unos y otros formaron un solo partido con los dos nombres de *lolardos* y *wiciefistas*.

Hallándose un dia del año 1385, en que se celebraba la fiesta de santo Tomás de Cantorbery, predicando Wicief fué acometido de un ataque de apoplejia, habiendo quedado en un estado lastimoso, y murió á los dos años. El herejiarca dejó un gran número de escritos en inglés y en latin, siendo los más conocidos una version de toda la Biblia segun la vulgata latina, y el diálogo que intituló *Triálogo*, porque en él hace hablar á tres, y donde se encuentra el veneno peor y más fino de su doctrina, singularmente el error de la necesidad absoluta de todas las cosas.

En 1395 hallándose el rey Ricardo en Irlanda, los wiciefistas, que eran por demás osados, fijaron en las puertas de algunas iglesias carteles llenos de invectivas contra los eclesiásticos y de proposiciones abominables contra los sacramentos. Temió el rey que esto fuese causa de algun tumulto en la ciudad, y por este motivo reprendió y amenazó á algunos señores que eran protectores de aquellos sectarios. El papa Bonifacio VIII, que tuvo exacto conocimiento de cuanto ocurría en Inglaterra, escribió una muy sentida carta al rey, exhortándole á que sostuviese las providencias tomadas por los obispos contra los lolardos, demostrándole que no solamente eran traidores á la Iglesia, sino tambien á Su Majestad. El año siguiente 1396 se

(1) Número 47.